

H E tenido oportunidad en el curso de mi vida política de conocer, y en muchos casos tratar, a los grandes de la política de los últimos cincuenta años. Y escucharles en circunstancias diversas, exponer su ideología, su línea política, su visión de un momento concreto ante una circunstancia concreta.

La lista va de Cambó a Durruti. De Azaña a Lluís Companys. De Maurín a Pepe Díaz. Extranjeros, Herriot, Togliatti, Beimler, Nenni, entre unos y otros un larguísimo etcétera. Y sólo cito a grandes políticos y oradores ya desaparecidos.

Ninguno me impresionó tan profundamente como Enrico Berlinguer en el mitin de los comunistas catalanes del día 29 de mayo en la Monumental barcelonesa.

Rodeado de un espectacular aparato de protección, el hombre que pasó junto a mí en la tribuna, con su aire desvalido, un cierto tono de ausencia e incomodidad, parecía un modesto funcionario arrancado de su aislamiento, de sus manguitos postizos de escribiente, de su mesita con un anacrónico tintero y una vieja carpeta.

Su aspecto de asceta, su rictus incluso de no hallarse a gusto, de sentirse mal, contrastaban con el ambiente rudo, ruidoso, candescente de la repleta plaza.

Estuve pendiente de él toda la noche. Mal sentado, prieto entre los otros oradores, escuchaba atentamente, pero permanecía ajeno a cuanto ocurría, incluso cuando la afortunada intervención de Antonio Gutiérrez caldeó sensiblemente lo que ya estaba caldeado. Todo ello me hizo temer por el éxito de su intervención.

Parecía imposible que el enjuto y tímido personaje encajara en el ambiente, que consiguiera situarse en el efervescente y entusiasta contenido de la reunión.

Hasta que empezó a hablar, mejor di-

cho, a leer. Mejor dicho, a impartir su sabia, profunda, bien construida lección política. Planteamiento, exposición y solución. Tesis, antítesis y síntesis. Sin un error, sin una estridencia, sin el más leve asomo de concesión a la demagogia ni a los millares de hombres y mujeres que le escuchaban.

De los que sin un gesto aparatoso, sin estridencias, sin adjetivos ni gerundios, conquistó literalmente, envolvió en la red

cado, antiheroico de la lucha por un socialismo a conquistar y construir entre todos, anhelado por una mayoría, sin protagonismos. Lenin, con su gorra de visera y su aire tribunicio. Mi amigo Antonov Ovsenko dirigiendo el asalto al palacio de invierno, estaban tan lejos como Espartaco sublevando a los esclavos o Marat encoraginando a los jacobinos. Pero sus palabras, su lección, eran mucho más rotundas y, permitidme la palabra, mucho más revolucionarias que las picas jacobinas o las bayonetas de 1917.

A los no militantes, a los hombres de los otros partidos representados en la reunión, con la extraña ausencia de los compañeros socialistas, les brindó un exhaustivo análisis de la situación política a nivel mundial y la clara y concreta formulación de que sólo un amplio pacto entre las fuerzas políticas democráticas y progresistas permitirá salvar la libertad y cerrar el camino a las distintas formas de fascismo que nos amenazan.

Así de sencillo. A medida que avanzaba la lección, un fondo de controlada pasión aparecía en la misma. El hombre dulce y evasivo se agrandaba. Cuando denunció el peligro fascista, su voz pareció iniciar el grito, pero inmediatamente volvió el murmullo al aire profesoral y dulce de quien anuncia un futuro apasionante, duro, pero repleto de promesas, grávido de realidades.

Lo más espectacular del masivo aplauso a Enrico

Berlinguer fue la misma contención del aplauso. Sin un grito, lleno de austeridad, con la mirada puesta en el pequeño gigante y en una bandera italiana que con giros garibaldinos hacían ondear unos andaluces encima de la tribuna.

Estoy seguro de que todos hemos asimilado la fabulosamente sencilla lección en esa España torva y endurecida que nos han legado y que en nuestro interior todos dijimos: Grazie mille, Enrico Berlinguer. ■



A las ocho: LECCION DE POLITICA Catedrático: ENRICO BERLINGUER Josep Solé Barberá

de su argumentación y dejó suspensos de la misma en la más larga intervención de la noche.

Sería inútil la pretensión de resumir en esas líneas el contenido de la intervención de Berlinguer.

A la masa, mayoritaria masa de militantes, nos explicó cómo se avanza en silencio hacia el socialismo rotundamente posible, rotundamente cercano en la relatividad de lo próximo. Vimos literalmente abierto el camino duro, sanifi-